

Luis Alberto González Rodríguez

1924-1998

Una semblanza

Pbro. Dizán Vázquez L.*

Una sólida formación inicial

Como suele suceder con las grandes personalidades, no es fácil describir en pocas páginas la trayectoria tan intensa del hombre, del investigador y del escritor que fue el doctor Luis González Rodríguez. Podrá uno describir más o menos los rasgos sobresalientes de su personalidad y hacer un elenco de los principales hechos de su vida, pero siempre quedará oculta mucha más riqueza de la que se pueda expresar.

La excelente formación inicial y su rigurosa dedicación posterior al trabajo intelectual, hicieron de Luis un hombre extraordinariamente culto, pero esa cultura, arraigada en una sólida espiritualidad, le daba también una virtud que debe ser característica de todo sabio: la humildad y la sencillez.

Luis Alberto González Rodríguez nació en la ciudad de México el 8 de abril de 1924. Desde niño y durante su adolescencia, su educación estuvo muy ligada a los jesuitas, de quienes aprendió un gran amor al estudio y al trabajo disciplinado. Estudió la primaria de 1930 a 1935 en la Escuela San Borja, del Distrito Federal. Su secundaria la hizo en el Colegio Grosso y en la Extensión Universitaria de la UNAM, también en México, del 1936 a 1937. En 1939 ingresó a la Compañía de Jesús y ya como jesuita estudió la preparatoria en el Instituto de Ciencias, en Guadalajara, de 1941 a 1943. De aquí pasó a cursar estudios humanísticos en el Ysleta College, del Paso, Texas, de 1943 a 1945, donde adquirió un envidiable bagaje de latín y griego, que después le habría de servir mucho en la investigación de antiguos documentos de misioneros.

Pasó luego a estudiar filosofía en la Loyola University, de Los Angeles, California, de 1946 a 1949, donde obtuvo el grado de maestría con la

* Coordinador del Centro de Estudios Regionales de la UACJ en Chihuahua.

tesis *El triple demismo de Sun Yat Sen y el comunismo chino*, presentada el 11 de junio de 1950.

Primer encuentro con la Tarahumara

Al terminar los estudios filosóficos inició, como es de regla en la Compañía de Jesús, un trienio de enseñanza. Su destino en esta ocasión fue la Tarahumara. “Procedente de Estados Unidos con un flamante grado de maestría en filosofía, llegué a la Tarahumara a fines de junio de 1949 –relata el mismo Luis-. Mi permanencia en ese confín de México iba a prolongarse durante tres años... Este nuevo mundo al que llegaba era diametralmente distinto de aquél de donde yo venía... A los 25 años de edad éste iba a ser mi primer encuentro frontal con el mundo indígena”¹. Ese fue su primer contacto con esa parte de nuestra geografía mexicana, con “la sierra y el hombre”, como tituló después uno de sus libros². “La Tarahumara fue mi primera y mejor universidad –confiesa Luis en la Introducción a su libro *El Noroeste novohispano en la época colonial*³-, en donde empecé a descubrir la riqueza pluricultural de México y donde, también, comencé a darme cuenta de la existencia de una sociedad nacional, dominante y plurifacética, frente a innumerables etnias sojuzgadas como en la Colonia, aunque con mecanismos de dominación más refinados”. Fue, pues, un encuentro que lo habría de marcar para toda su vida, pues aunque pronto tuvo que dejar la sierra chihuahuense para ir a estudiar a Europa, en nuestra sierra quedó atrapado su corazón para siempre.

En la Tarahumara lo pusieron como “maestrillo” en un “towisado”, es decir, un internado para niños tarahumares. Los recuerdos de esa experiencia en Luis están cargados de emoción y manifiestan la dirección que imprimieron hacia lo que iba a ser su verdadera vocación: “Me estrené, pues, como maestro de un grupo de niños de 1º y 2º de primaria y con alguna clase de 5º y 6º a muchachos mayores. Sentía extrañeza y dificultad en mi trabajo, inexperto como era en el arte de la conducción de los niños, tanto más que éstos eran extranjeros para mí por su lengua rarámuri, por sus costumbres y por toda su forma de vida. Yo ignoraba todo de ellos y ellos ignoraban todo de mí, pero no llegué con aires de autosuficiencia, ni con prejuicios discriminatorios. Al contrario, sentí desde un principio un profundo afecto por los tarahumares y la necesidad de adentrarme en su lengua y en su vida para poder comprenderlos, para enriquecer mi experiencia humana y espiritual y compartir con ellos lo que pudiera serles de alguna utilidad”⁴.

¹ L. González R., *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, Editorial Camino, Chihuahua 1992, p. 398.

² L. González R., *Tarahumara, la Sierra y el Hombre*, Ed. Camino, Chihuahua 1994.

³ L. González R., *El Noroeste Novohispano en la Época Colonial*, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México 1993, p.10

⁴ L. González R., *Crónicas...* p. 398.

De esta etapa de la vida de Luis, el padre Luis Felipe Gallegos, S. I., que llegó también como “maestrillo” a la Tarahumara en 1939 y que en 1947 regresó para quedarse por más de cincuenta años, recuerda a Luis como “una persona pacífica, sencilla, trabajadora, entusiasta, responsable y alegre”. La vida de Luis en el towisado –según el P. Gallegos- “lo fue impregnando poco a poco de ese cariño por el hermano tarahumar, que llenó toda su vida y que sólo conviviendo así con ellos se puede llegar a tener”⁵.

Esta breve pero intensa experiencia de Luis como misionero en la Tarahumara, podemos pensar que fue determinante para su vocación de etnólogo, antropólogo e historiador. Cuando años después nuestro investigador se sumerja en las crónicas de aquellos antiguos misioneros jesuitas que hollaron con sus plantas las agrestes veredas de la misma sierra y convivieron cotidianamente con unas etnias que, a pesar de los siglos transcurridos, no debieron ser muy diferentes a aquellos chiquillos con quienes él ahora convivía con la sencillez que nos pinta el padre Gallegos en su colaboración mencionada, Luis estará preparado como pocos investigadores para comprender, con la mente y con el corazón, la vida cotidiana de aquellos misioneros y establecer con ellos una relación que va más allá de los datos fríos.

Mientras se ocupaba Luis como maestro de primaria de niños tarahumares, se dedicó con gran empeño al estudio de la cultura y de la lengua rarámuris. Tenía una extraordinaria capacidad para el aprendizaje de lenguas, como lo atestiguan otros compañeros jesuitas de aquel tiempo. En ese breve tiempo no sólo aprendió la lengua sino que hasta escribió una *Síntesis de gramática rarámuri*, que publicó, mimeografiada, en 1950, y en colaboración con David Brambila y José Vergara Bianchi, un *Diccionario tarahumar-castellano*, publicado también en mimeógrafo. Además de su lengua materna, don Luis hablaba, leía y escribía con fluidez francés, inglés, latín, alemán, italiano y tarahumar; leía y traducía portugués, holandés y griego clásico y tenía conocimientos básicos de ruso.

De esa época son estos recuerdos de Luis: “Entonces empezaron mis balbuceos en esa lengua y mis pininos en su historia y cultura, que siguen hasta la fecha, porque nunca dejaremos de ser aprendices de su vida”⁶.

El P. Brambila, docto jesuita que llegó a dominar como pocos no tarahumares la lengua de éstos, inició a Luis en el conocimiento docto de dicha lengua⁷. Pero quien –según el propio testimonio de Luis- lo introdujo no sólo en la práctica y comprensión progresiva de la lengua, sino en la vida y cultura del rarámuri, fue Erasmo Palma, destacado

⁵ L. F. Gallegos, *Luis González Rodríguez en el recuerdo de un misionero*, en esta misma obra, c. 4.

⁶ L. González R., *Tarahumara...*, p. 8.

⁷ cf L. González R., *Crónicas...* p. 400.

rarámuri, culto, escritor, poeta y cantor de su tierra y de su gente, que nació en Basigochi hacia 1928⁸. A Palma lo llama Luis “mi guía y maestro” y “sabio tarahumar”. Lo conoció en Norogachi en 1950 y conservó con él una estrecha relación de amistad y de trabajo hasta la muerte de Luis. Uno de los más preciados tesoros que conservaba Luis son unos 52 casetes de conversaciones con don Erasmo, en los que éste le iba contando en su lengua lo que pensaba y conocía de su propia cultura y lo que pensaba de los chabochis y de las instituciones y diversas empresas que trabajan en la Tarahumara. Luis los estaba transcribiendo en tarahumar y traduciendo al español con la intención de publicar su contenido en un libro que ahora su esposa Carmen se está encargando de llevar a término. La grabación de estos casetes la pudo hacer Luis gracias al apoyo de la Mission Archeologique et Ethnologique Française de México, de la que era miembro.

Etnólogo e historiador

Terminado su trienio de magisterio, Luis partió a Bélgica a estudiar teología en las Facultés Saint Albert, de Lovaina, donde permaneció de 1953 a 1956, obteniendo el grado de licenciatura. Presentó su tesis sobre *El apostolado franciscano en México, 1523-1572*.

De Lovaina pasó a la Faculté des Lettres et Sciences Humaines del Institut d'Ethnologie, de l'Université de Paris. La inquietud que nació en él durante los tres años pasados en la Tarahumara se impuso por fin, decidiendo su orientación científica: la etnología.

En la Sorbona permaneció Luis de 1957 a 1962 y luego dedicó otros siete años a elaborar su tesis de doctorado. Escogió como tema para su tesis la crónica del misionero belga-bohemio ya mencionado, el padre Joseph Neumann, escrita en latín con el largo título de *Historia Seditioum, quas Adversus Societatis Jesu Missionarios, Eorumque Auxiliares Moverunt Nationes Indicae, ac potissimum Tarahumara in America Septentrionali, Regnoque Novae Cantabriae, jam toto ad fidem Catholicam propemodum redacto, Authore P. Josepho Neymanno Ejusdem Societatis Jesu in Partibus Tarahumarorum Missionario*, editado en Praga en 1730.

Su interés por Neumann, y por la obra misionera de los jesuitas en el noroeste colonial de México en general, le había nacido a Luis a raíz de un infortunado accidente que tuvo en la Tarahumara poco después de su llegada como maestro. El mismo Luis lo relata así en la introducción de su edición española de la *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara*⁹:

⁸ cf L. González R., *Crónicas...* p. 401

⁹ L. González R. *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara (1626-1724)*, P. José Neumann. Editorial Camino, Chihuahua 1991, p. 5

“Un día de 1950 les estábamos enseñando a jugar base-ball (a los niños tarahumares)... Como la careta me quedaba floja, me la quité, y al segundo tiro, un foul me pulverizó el vidrio izquierdo de mis anteojos, sin dañarme el ojo, pero la pelota me rompió el tabique nasal. La hemorragia se prolongó una semana y, no conociendo mi tipo de sangre ni la de los donadores -tarahumares y chabochis-, mezclaban mi sangre con la de cada uno de ellos, y si no se coagulaba, me hacían la transfusión. No pudiendo contener la hemorragia, y ya me habían puesto cuatro litros de sangre, se decidió trasladarme a Chihuahua... al desaparecido Hospital Verde, donde estuve recuperándome durante un mes. En ese tiempo conocí a Joseph Neumann. Para no aburrirme, pedí un libro sobre la Tarahumara, de cuya historia y misiones ignoraba todo, y me prestaron el de Peter Masten Dunne: *Early Jesuit Missions In Tarahumara*, no traducido al castellano en aquel entonces. En dicho libro se citaba mucho a Neumann, pero yo no acababa de saber si eran citas textuales o un resumen de lo que él había escrito. En las notas señalaba Dunne que había encontrado la obra de Neumann en Praga, en la iglesia de San Ignacio de los jesuitas, antes de la Segunda Guerra Mundial, y que había dejado una copia fotostática en la Universidad de California, en Berkeley”.

“Cuando, años después, obtuve una beca del gobierno francés, académicamente apoyado por mis futuros profesores, los doctores Guy Stresser Péan y Jacques Soustelle, estudiando la carrera de etnología en la Universidad de París, ‘la Sorbona’, decidí preparar mi tesis de doctorado sobre la obra principal de Joseph Neumann”.

Con esta decisión definió Luis la dirección de sus futuros estudios: Por una parte la etnología y por otra la historia de las misiones y de los misioneros jesuitas en la Tarahumara, materias que combinó magistralmente en forma de etnohistoria y en las cuales se elevó como uno de los máximos representantes en México.

Al trabajar sobre la obra de Neumann, Luis no sólo nos presentó a este gran misionero, sino también nos abrió ampliamente las puertas al conocimiento de la multitud de jesuitas ilustres que trabajaron en la Tarahumara durante los siglos XVII y XVIII, así como al conocimiento de las misiones, con todo lo que eso implica en su dimensión social, política, cultural, etc. y contribuyó a dar un fuerte impulso a los estudios acerca de los tarahumares y otros pueblos indígenas de la región.

A un estudio tan amplio se vio obligado Luis al tener que aclarar la multitud de los riquísimos datos sobre personas, lugares, eventos, etc. que el padre Neumann va desgranando en su relato y que Luis anota con precisión erudita. Obviamente Luis no se quedó en la obra de Neumann, sino que ya en su vida profesional, extendió su investigación a toda la actividad misionera de los jesuitas durante ese periodo y no

sólo en lo que hoy es el estado de Chihuahua, sino en el noroeste de México.

Volviendo al manuscrito de Neumann, escasas pistas tenía Luis sobre la existencia del original a través de Masten Dunne y se dio a la difícil tarea de localizarlo. “Fueron años de búsqueda en las más importantes bibliotecas de Estados Unidos y de Europa por todos los conductos posibles” -confiesa Luis-. “Finalmente lo encontré en la Biblioteca de la Universidad de Viena”.

Luis hizo una excelente traducción del original latino al francés. El texto del antiguo misionero jesuita fue cobrando vida en manos del investigador. Éste lo enriqueció con una introducción y lo fue anotando con un aparato crítico del mayor rigor científico, ubicando con una precisión casi obsesiva cada lugar, personaje y acontecimiento referidos por Neumann. Para eso tuvo que investigar la documentación pertinente en archivos de Madrid, Sevilla, París, Roma, Viena, München, Praga, Parral y México. Luis presentó su tesis para obtener el doctorado y esta fue publicada como libro, con el título *Joseph Neumann, S. J. Révoltes des Indiens Tarahumars (1626-1724)*, en París, en 1971, por el Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine y luego se hizo una traducción al checo. La primera edición castellana, incluyendo la primera traducción al español del texto del P. Neumann, hecha por el P. Joaquín Díaz Anchondo y revisada por Luis, se hizo en Chihuahua en 1991, con el sello de Editorial Camino.

Labor académico-administrativa y magisterial

Al volver a México, después de sus estudios en la Sorbona, Luis fue asignado a la Universidad Iberoamericana, que dirigen los jesuitas en la ciudad de México. Ahí fue director de la Escuela de Antropología Social de 1964 a 1969, subdirector de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de 1966 a 1967, y director de la misma de 1967 a 1968. En la misma Universidad Iberoamericana ejerció como profesor de Introducción a la Antropología, de 1963 a 1968, profesor de Etnología General en ese mismo periodo, profesor de Economía y Tecnología Primitiva de 1963 a 1964, profesor de Antropología Social de 1965 a 1968, profesor de Cambio Social y Cultural también de 1965 a 1968, profesor de Métodos y Técnicas de Investigación Social de 1967 a 1968, siempre en el nivel de maestría. En 1969, como ya dijimos, Luis obtiene el doctorado en Etnología por la Sorbona y en 1970, después de 31 años de pertenencia, dejó la Compañía de Jesús, aunque se puede decir que continuó dedicado plenamente al servicio de ese instituto hasta su muerte, a través del estudio de su pasado en México.

En octubre de 1973 Luis fue profesor visitante de Antropología Social en el Mexican-American Cultural Center, de San Antonio, Texas. En 1980 fue profesor de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la

UNAM. En 1990 fue profesor visitante en licenciatura de la ENAH, Unidad Chihuahua.

Investigador, indigenista y derechohumanista

Después de la Ibero, el Dr. González se dedicó a la investigación etnológica, antropológica e histórica asociado al Instituto de Investigaciones Históricas, de 1969 a 1971 y principalmente al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, de 1978 hasta su muerte. Desde 1985 hasta su muerte fue investigador del Sistema Nacional de Investigadores, en el nivel 2.

La atención principal y sus mejores esfuerzos de investigador los dedicó Luis a las misiones y a las poblaciones indígenas del noroeste del México colonial, especialmente a la Tarahumara. De hecho, sus contratos como investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas, primero como investigador asociado, de 1981 a 1984, y luego como investigador de tiempo completo, de 1984 a 1987 y de 1987 a 1990, así lo estipulaban. Asimismo, de septiembre a noviembre de 1984, con una beca que obtuvo del gobierno de la República Socialista de Checoslovaquia realizó una investigación en archivos y bibliotecas de Moravia, Bohemia y Eslovaquia, sobre los antiguos misioneros jesuitas checos que trabajaron en el noroeste de México. También obtuvo una beca Fulbright, del gobierno de los Estados Unidos, para una investigación en archivos y bibliotecas de ese país, que realizó de septiembre de 1987 a abril de 1988.

Como reconocimiento a su autoridad de experto en la obra misionera de los jesuitas en el noroeste de México, el 21 de abril de 1990 el arzobispo de Hermosillo, Sonora, Carlos Quintero Arce, lo nombra, junto a otros cuatro renombrados investigadores, miembro de la "Comisión para el proceso ordinario en la causa histórica de beatificación del siervo de Dios Eusebio Kino, S. J.", con el encargo de recoger toda clase de fuentes escritas sobre la vida, virtudes y antigua fama de santidad de este célebre misionero de Sonora y Arizona.

Por otra parte, la relación de Luis con Chihuahua no se limitó a sus estudios sobre la Tarahumara, sumergiéndose en archivos de México, España, Roma, Checoslovaquia, Estados Unidos, Austria y Alemania, y escribiendo sobre la misma. Sus contactos personales con estas tierras y estas gentes fueron frecuentes, a través de visitas a la sierra, a la ciudad de Chihuahua y a todo el estado. Él comentaba, orgulloso, que era rarámuri por los cuatro litros de sangre tarahumara que le donaron cuando sufrió el accidente en Sisoguichi, y que era chihuahuense por el cariño que le tenía a esta tierra.

Tuvo, además, una participación muy importante en la fundación en la ciudad de Chihuahua de una extensión de la ENAH, como lo expresó el

Arq[ui]lgo. Francisco Mendiola Galván: “La Escuela Nacional de Antropología e Historia-Unidad Chihuahua, mejor conocida como la ENAH-Chihuahua, no puede concebirse en toda la extensión de la palabra sin el apoyo y participación de don Luis. Siempre defendió el proyecto de su creación y estaba al tanto de lo que en ella ocurría”¹⁰. En efecto, después de fundada la ENAH-Chihuahua, mantuvo con ella una continua relación y colaboración como asesor y como profesor.

Fue notable también la preocupación que Luis mostró siempre por los derechos humanos de los indígenas de todo el país, pero especialmente de Chihuahua. “Al conocimiento de ellos (los tarahumares) como seres plenamente humanos, al descubrimiento de su vida, lengua y cultura - no a inventarlos o caricaturizarlos-; a tratar de entenderlos y comprenderlos en su proceder cotidiano y festivo, sin angelizarlos o satanizarlos, y a contribuir en la defensa de sus derechos étnicos y culturales, he dedicado la mayor parte de mis investigaciones”¹¹.

El 27 de octubre de 1993 don Luis fue invitado por la Comisión de Asuntos Indígenas de la Cámara de Diputados de Chihuahua a exponer ante los legisladores sus puntos de vista sobre la inclusión de los derechos étnicos y culturales de los habitantes de la Sierra Tarahumara en la Constitución del estado de Chihuahua. Los editores de estas memorias, queriendo incluir en ellas algún trabajo de don Luis, hemos escogido este texto no sólo por su especial significación para los pueblos indígenas de Chihuahua y para todos los chihuahuenses, sino también porque manifiesta la pasión que lo consumía cuando se trataba de defender la justicia social y la dignidad de toda persona que él consideraba ultrajada en sus derechos humanos¹². En septiembre de ese mismo año, como un reconocimiento a esa pasión y a esa labor incansable en favor de los derechos humanos, la Comisión de Solidaridad y Defensa de los Derechos Humanos, A. C. (COSYDDHAC), fundada en 1988 por el obispo jesuita de la Tarahumara, José A. Llaguno, le concedió al Dr. González la calidad de miembro honorario de la misma

Su interés por el indigenismo lo llevó también a participar en más de 50 reuniones, encuentros y congresos indigenistas, tanto en México como en el extranjero: París, Lovaina, Moscú, Melgar (Colombia).

Al revisar la obra de Luis González Rodríguez, hay que destacar no sólo la gran atención que dedicó al indigenismo, sino también su contribución como etnólogo y antropólogo e historiador al trabajo misionero. De su interés por las misiones antiguas del noroeste de México, pasó a interesarse por las misiones actuales, especialmente de

¹⁰ F. Mendiola G. *Palabras con motivo del homenaje al Dr. Luis González Rodríguez*, Chihuahua, 22 de mayo de 1998.

¹¹ L. González G. *Tarahumara, la Sierra y el Hombre*, p. 9.

¹² cf. L. González R. *Derechos étnicos y culturales en la Sierra Tarahumara*, aquí mismo, c. 8.

la Iglesia católica, aunque con un amplio espíritu ecuménico, contribuyendo a renovar el concepto mismo de misión y los métodos misionales para que éstos sean respetuosos de la cultura y los derechos de los indígenas. En esta línea colaboró estrechamente durante siete años con el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas (CENAMI), una de las instituciones más comprometidas del Episcopado Mexicano, de cuyo Departamento de Investigación Antropológica fue jefe, de 1969 a 1973, y como tal participó en numerosos congresos y encuentros indigenistas de carácter pastoral. Fruto de esa colaboración es la obra *Indigenismo e Iglesia en México*, en cuyas 578 páginas recoge las memorias y documentos que logró coleccionar y que dejó lista para su publicación. A él le tocó también fundar la revista de CENAMI, *Estudios Indígenas*, de la cual publicó personalmente los primeros 20 números.

La evaluación final de su obra como investigador también nos lleva a colocar a Luis en un lugar destacado entre los historiadores de la Iglesia católica en México, y más en particular, del noroeste, que ejerció siempre en él una especial “fascinación”¹³. Con la historia de la Iglesia se ha dado *a fortiori* lo que afirma Luis acerca de la desatención historiográfica que ha sufrido el norte en comparación con el centro y el sur de México: “Una recopilación bibliográfica de las inversiones, de los proyectos e investigaciones y de lo publicado sobre Mesoamérica, comparado en estos mismos rubros con lo invertido e investigado acerca de Árida América y el noroeste de México no haría sino comprobar que el león sigue llevando la delantera. A esto hay que añadir que, por todo lo anterior, el área mesoamericana es mucho más conocida que el noroeste de México”¹⁴. Sin embargo, como decía Luis, el centro no se explica sin el norte.

Una aportación definitiva

Con sus investigaciones en archivos y la consiguiente publicación de una gran cantidad de antiguas crónicas y relaciones de misioneros¹⁵, magistralmente transcritas, anotadas y comentadas, dio Luis un impulso decisivo al conocimiento científico de la acción y de la influencia de la Iglesia en la conformación cultural de la población chihuahuense, especialmente en lo que toca a uno de los principales protagonistas de dicha acción: la Compañía de Jesús.

En la bibliografía detallada y completa que publicamos en esta misma obra, aparecen un total 19 predominando aquellos en los que pone al alcance de los historiadores y antropólogos documentos importantes que él buscó en archivos, paleografió, tradujo, si era el caso, y anotó. 30

¹³ L. González R. *Crónicas...* p. 20, repetido en *El noroeste...* p. 6

¹⁴ L. González R. *El noroeste...* p. 6

¹⁵ Ver, por ejemplo, la lista de documentos que publicó en *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, pp. 18-19

en colaboración contienen otros tantos capítulos de la autoría de Luis. Publicó 107 en diversas revistas nacionales y extranjeras, artículos clasificados en tres categorías: divulgación, información e investigación. Dictó buen número de conferencias, hizo dos guiones para televisión, tradujo diversas obras del inglés, francés, holandés, latín y tarahumar, e impartió cursos de antropología e indigenismo en México, Centro y Sudamérica y Estados Unidos. Realizó labor de editor, publicando numerosos libros y revistas.

Al morir dejó casi terminadas varias obras, entre ellas el gran diccionario biográfico *Misiones y Misioneros de la Tarahumara, 1592-1767*, en dos volúmenes, que la Dra. Carmen Anzures, su esposa y colaboradora de la obra, se encargará de publicar, así como las conversaciones con Erasmo Palma, mencionadas antes, que ya están traducidas y capturadas. Quedan pendientes también, *Mathäus Steffel, etnógrafo y lingüista de la Tarahumara*, en colaboración con André Lionnet, y *José Tardá y Tomás de Guadalajara. Observaciones de campo en la Tarahumara, 1673-1676*, en colaboración con William L. Merrill, y el ya mencionado *Iglesia e Indigenismo*, que está en espera de editor¹⁶.

Membresías y reconocimientos

A veces pensamos que la valía de grandes hombres no es reconocida durante su vida y que es sólo hasta después de su muerte cuando se les comienza a valorar. Afortunadamente no sucedió así con el Dr. Luis González Rodríguez, sin que esto quiera decir que esos reconocimientos y homenajes que recibió en vida, fueran en la justa medida que sus cualidades lo merecían.

El Dr. González perteneció a las siguientes organizaciones y sociedades científicas:

Miembro titular de la Société des Américanistes de Paris, de 1960 a 1965. Fellow de la American Anthropological Association, de 1967 a 1973. Miembro asociado de Current Anthropology, de 1967 a 1973. Miembro fundador del Centro de Estudios Ecuménicos, sociedad a la que perteneció de 1968 a 1980. Miembro de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, desde 1969. Miembro fundador de la Sociedad Mexicana para el Estudio de las Religiones, en 1971. Miembro de la Mission Archéologique et Ethnologique Française de México. De 1976 a 1977 miembro de la Mission Archéologique et Ethnologique Française de México, de la que era fundador y director el doctor Guy Stresser-Péan, su profesor en la Sorbona. Miembro de la Sociedad Mexicana de Antropología, desde 1978 y secretario de la misma de 1980 a 1981. Fue miembro del Comité Histórico Internacional Eusebio Francisco Kino, desde abril de 1990.

¹⁶ Ver *Bibliografía de Luis González R.*, aquí mismo, c. 2.

Entre los reconocimientos por su trabajo intelectual que recibió, aparte de las importantes becas ya mencionadas con que fue favorecido, están los siguientes:

Su nombre fue incluido en el American Men of Science, 11ª edición, 1968, 576, New York – London. Su biografía se incluyó en La Enciclopedia de México, V 6, 1978, 3449. Condecoración del gobierno francés como Chevalier dans l'Ordre des Palmes Académiques, el 12 de junio de 1980. Premio a la mejor reseña de crítica histórica por el Comité Mexicano del Consejo Internacional de Ciencias Históricas, el 29 de octubre de 1981. La reseña versó sobre el libro "Spanish Jesuit Churches in Mexico" Tarahumara, de Paul M. Roca. Esta reseña apareció en Anales de Antropología, IIA-UNAM, Vol. XVII, Tomo II, p. 381-396, México 1980. Premio Nacional de Ciencias y Artes 1992, en el campo de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía. En esta ocasión su candidatura al premio fue presentada al Gobierno Mexicano por la ENAH-Chihuahua y le fue otorgado por su trabajo en conjunto. El 17 de octubre de 1997, el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, ENAH-México, ENAH-Chihuahua, UACH, IIA-UNAM, INI, CIESAS y el Departamento de Antropología de la UIA organizaron una Reunión de Antropología Médica y Medicina Tradicional del Norte de México en Ciudad Juárez, Chih., como un homenaje a don Luis y le otorgaron una placa.

Una vida fecunda, un legado imprescindible

La dedicación de Luis al trabajo fue proverbial. Ni siquiera en los últimos meses, cuando la enfermedad lo mantenía semiparalítico y limitado de muchas otras formas, dejó de dedicarse a la investigación y a la preparación las obras que todavía estaban pendientes de publicar.

En 1994 sufrió un lamentable accidente cardiovascular. Logró recuperarse bastante bien, al grado de que en 1995 todavía pudo acompañar a su esposa Carmen a Sevilla, España, a donde ella acudió para presentar su tesis de doctorado en Historia de América.

Después de su regreso sufrió otras recaídas que lo llevaron, finalmente, a un desenlace fatal. La vida fecunda de don Luis González Rodríguez en esta tierra se apagó el 19 de enero de 1998 en la ciudad de México, donde residía, dejando una gran herencia que seguirá enriqueciendo el trabajo de historiadores, etnólogos, antropólogos, misioneros y de todos los que luchan por el respeto a las culturas autóctonas y por el reconocimiento de la dignidad de los indígenas.